

EL RETORNO DE BELLO

Briceño-Iragorry, Mario*

Este afortunado momento de llevar la voz de las Ciencias y de las Letras de la Patria para exaltar la gloriosa figura de Andrés Bello, ya hubieran deseado vivirlo ayer nuestros mayores hombres de pensamiento. Llegaron ellos a la sima niveladora de la muerte sin avizorar la hora feliz de esta justísima apoteosis. Aquí debiera haber estado, aun prefiriéndose al verbo sibilino y majestoso de Fermín Toro, y si no en el mismo sitio, por cuanto el templo sagrado no habíanlo convertido aún en profano teatro, Juan Vicente González con sus más audaces y exactas imágenes para la exaltación de Bello. Pero a nuestro grande escritor correspondió vivir ásperos tiempos de lucha y de tormenta, en los cuales su palabra, enderezada a romper sordos oídos, tuvo necesidad de recalentarse en el horno ardiente donde hurtaron fuego para sus terribles anuncios, los grandes profetas que entrevieron, con ojos clarificados por las lágrimas, la ruina de Israel. Profeta sin futuro, fue la suya voz que compendia a Ezequiel y a Jeremías, tremebundos y llorosos cuando fuera abrasada su pasión para cantar una Patria grande y libre, en cuyos muros festivos en vano procuró descifrar la frase que admonitara a los alegres Baltasares. Después de Juan Vicente González, a nadie con título más cuajado de derechos que a Cecilio Acosta correspondía al haberse adelantado a saludar a

Bello en el momento de su simbólico retorno. Con la musa nemerosa de Virgilio, a cuyo amor tuvo robusto crecimiento la juventud poética de Bello, había aprendido a soplar la dulce caña del amartelado Tirsis, unido al cual tejió rústicas coronas para adornar la cabeza de los dioses agrestes; en sus labios, siempre niños, hubiera sonado a milagro el latín docto de Salustio, en que le habría dirigido la encendida y tímida palabra, para iniciar el diálogo tantos años deseado con el maestro inmortal. Orador no fue Arístides Rojas, pero conocía mejor que nadie las voces de la sonora epopeya del Ávila y el secreto del diálogo que Bello mantuvo desde niño hasta la hora de partirse de Caracas con el Monte Sagrado; por él hubieran hablado la tradición fecunda de la ciudad enternecida y la familiar fragancia de sus campiñas en flor, para dar testimonio a quien llegaba, del afecto caluroso con que recibíalo el suelo maternal. Nombro estos excelsos representantes de nuestras letras en el pasado siglo, por haberse adelantado ellos a quebrar lanzas por la honra y por la fama del sabio, cuando mezquina calumnia y opaca incomprensión se arrastraron cual sierpes ponzoñosas en intento de herir al inmaculado Bello. En el curso de los tiempos tienen, junto con Valentín Espinal, José María de Rojas, Cristóbal L. Mendoza, Rafael Seijas, Felipe Tejera, Julio Calcaño, Blanco Fombona,

*Discurso en el Teatro Municipal el Día de Andrés Bello de 1951. Tomado de *Obras selectas*. Caracas: Edime, 1954 (1.103 p.) pp.835-851.

Caracciolo Parra León, Julio Planchart y Roberto Picón Lares, por sólo mentar muertos, bien ganado el procerato antiguo de la lealtad hacia la memoria de nuestro más grande varón de pensamiento. Hace veinte años, en el sitio donde mi pequeñez intelectual ofrece a Bello el apagado homenaje del contraste, nos habría deleitado el suave acento del ilustre Luís Correa, fervoroso animador del nuevo sentimiento de devoción bellista que culmina en esta hora espléndida, en la cual la República siente un esperanzado renacer de alas, cuando ofrece a su mayor hombre de letras el homenaje de un culto excepcional.

Tendría yo, pues, señores, que pedir a los maestros antiguos el tono y el sentido de sus voces para intentar ante vosotros la evocación de Bello, El difícil cometido con que me han honrado las distintas Academias aquí presentes, disminuye, sin embargo, de responsabilidad al hacer cuenta de que evocar en esta hora la memoria de Bello, no es cierto el caso de mi empeño, puesto que vosotros lleváis cada uno grabada esta noche feliz, en el fondo de la propia conciencia, la imagen luminosa del eterno Patriarca de nuestra cultura. Mi palabra sólo tiene, pues, por ello, la gratísima misión de tocar apenas los hilos sutilísimos que enlazan y unifican vuestros sentimientos para la placenta y fecunda contemplación, a fin de hallar sobre las mil fases del pensamiento bellista, los más hacedores consejos que puedan ayudarnos en nuestro azaroso y grave destino de pueblo.

Señores:

Abastado de buena cultura y cuando frisaba con los treinta años, a don Andrés Bello, ya en el goce de una reputación que sobrepasaba a la edad, la Junta Patriótica le designó por asesor de Bolívar y de López Méndez, para la misión confiada en 1810 a estos insignes patriotas cerca del gabinete inglés. Hubo una época en la cual se negó que nuestra vieja, calumniada y sufrida Universidad de Santa Rosa hubiera sido capaz de ofrecer medios suficientes para la estupenda formación de nuestro grande

humanista. Jamás pensaron los detractores de la cultura colonial que en negando a la Universidad una influencia determinante en la formación del Bello caraqueño, ampliaban, por el contrario, el radio exterior de idoneidad del medio, puesto que la presunta autodidaxia del sabio presupondría un ambiente de ilustración general, capaz de facilitar la forja de un espíritu el temple y de las dimensiones de Bello. No intento recontar la vida mortal del maestro inmortal. Si recuerdo su viaje al Viejo Mundo, lo hago para explicar el cambio de tinglado en el drama de su vida. Si no defendió él las unidades dramáticas como elemento literario, buscó entender los procesos pasados, para explicar los fulgores o la penumbra del presente.

Un pensamiento de servicio a la Patria lo llevó a Inglaterra y le sirvió de ancha puerta para adentrarse en el conocimiento del viejo mundo europeo. Grato es, señores, imaginar la fría noche otoñal en que se despidieron Miranda, Bolívar y Bello en el surgidero del Támesis. Ya está viejo Miranda, y se le mira, por la nieve que esmalta su frente, como el más recio pie del trébede donde una diosa fáustica hace arder los ingredientes que variarán la faz de un hemisferio. Caracas produjo los tres a distancia de treinta y tres años y en el espacio de un reducido cuadrilátero. Son el fruto activo, vivaz y maravilloso de un mundo ya maduro que va a transformar sus símbolos. Los tres se han juntado en Londres. Bolívar ha venido en pos de ayuda para la independencia de la Patria. Y la mejor ayuda no son los amañados fusiles ni las peligrosas naves que pueda ofrecer Inglaterra. De mayor eficacia es la revolución que habla por los labios vatídicos de este gran criollo que luce estrellas de General ganadas en la defensa de la Francia revolucionaria. Los tres, como sombras misteriosas entre la tupida niebla de los muelles, hablan un raro lenguaje en que alternan las palabras más claras y los más pesados vocablos. El ímpetu y la reflexión, la libertad y el orden hacen turno en los labios de los magos. Miranda y Bolívar, al verbo que crea en la zona del espíritu, suman la potencia

que se realiza en actos materiales. Bello, en cambio, es el contemplativo. Cristo le hubiera dicho, como dijo a la extática María, que era la suya la mejor parte. Pero de esa aparente inactiva contemplación de Bello saldrán las consignas que darán luz a los hombres de la acción. Entre las rojas luces que previenen a los peligros en la noche apretada de la ría, se hundan a corto espacios las naves que buscan el mar. En una sola no cabían los dos atlantes. Miranda embarca en el Avon. Bolívar toma pasaje en el Zaphire. El hombre de las ideas se mantiene en tierra. Por hoy, han trocado sus destinos. Bello se ha quedado sin sueños, en medio de una realidad desconocida hostil. Ilusiones, proyectos, delirios, ensueños, todo lo han traído a América los dos iluminados. El se mantendrá meditando en medio de la fría aspereza de un mundo aún sin conquistar.

Luego sufre Bello, con la República, sus vaivenes y caídas. Más, a compás que la política de Venezuela se toma más difícil y el hambre y el desabrigo hacen presa de su vida, él mide mejor la trascendencia de su destino. Hijo del dolor y de la miseria, Bello se trueca de acero, y mientras los políticos y los guerreros cumplen la misión de alterar la geografía y los hábitos del nuevo mundo, él se da a la tarea superior de buscar las luces que habrán de iluminar a los pueblos renovados. No tiene, como Prometeo, la audacia de ir a robar al cielo el secreto del fuego sagrado, pero en el radio de las posibilidades humanas todo lo inquiere al aliento angustioso de alumbrar aún más su espíritu, y empujado, a la vez, por el irresistible afán de enseñar a los demás. Así sea parva la mesa y el abrigo corto, todos los días, mañana y tarde, y sin que por ello desatienda las funciones diplomáticas que comparte con el sufrido López Méndez, encamina los graves pasos hacia el British Museum. Aquí están sus retortas y alquitaras de mago. Pobreza y angustia nada son ante su heroico empeño de agrandar la parábola de sus conocimientos. Pronto no existen límites para su saber. Filósofo, jurisconsulto, matemático, cosmógrafo, químico, historiados, botánico, gramático,

filólogo, poeta, lingüista, paleógrafo, crítico, todo lo abarca con pasmosa precisión. Aunque mantenga recias amarras que lo unen en el juicio y el sentido con los maestros antiguos, puede decirse que es hermano de los hombres que crearon la Enciclopedia, en lo que ésta dice amplitud de saber y propósito de análisis. No ha hecho suyo el evangelio de Juan Jacobo; por el contrario, está firme en la fe milagrosa que predicaron los iletrados y humildes evangelistas del primer siglo. Con Rousseau y Diderot coincide en buscar, por medio de distintos raciocinios, la reivindicación del derecho del hombre a ser respetado en sociedad. Sin participar la ideología disolvente de la revolución, abrazó el partido de la independencia, por cuanto ésta conduce a exaltar el valor humano del mundo de América. Las circunstancias, felices para él y para las nuevas repúblicas, lo han apartado de la grande hoguera en que se convirtió el continente nativo, más su corazón y su mente han estado vigilantes de la suerte de sus hermanos. Así don Pedro Gual haya prevenido al gobierno de Bogotá acerca de un presunto monarquismo en Bello, él cree al pueblo capaz de morar sus instituciones sin mirar a la divina voluntad de los monarcas, como lo ha declarado la Santa Alianza. El sabe que en el mundo de las antiguas Indias españolas se está realizando una transformación de rumbos y sistemas que reclaman un nuevo pulimento en su estructura. Precisa crear un espíritu a la América renaciente, y por eso se ha dado a conversar con los genios de la vieja cultura europea.

Primero funda la Biblioteca Americana; más tarde, el Repertorio Americano. Si ayer fue Miranda el solicitado por el reclamo de los colonos llegados a Londres al empuje de la idea de libertad, ahora es Bello el centro forzado de la América que peregrina en pos de sus derechos. A los que le visitan, da consejos; a los compatriotas distantes, dirige recados en las hojas periodísticas. Su misión es enseñar, y está enseñando siempre. Su cátedra se halla en Londres, pero los papeles hacen efectiva a través de la América separada de

España la rectoría de su palabra. Como los dioses homéricos, él habla en verso, para mejor excitar la atención y la memoria de los hombres. Acá se mueve un mundo necesitado de videntes que le señalen los nuevos caminos. Bello siente sobre sí la responsabilidad de un destino cósmico. Cuando alboreaba el Renacimiento, Colón se echó al mar con el mensaje que dirigía la Europa culta a la barbarie americana. Él no es Colón, pero conoce el secreto de los navegantes que descubren nuevas dimensiones al espíritu. Sabe también que más rápida que las velas de las naves, la palabra impresa es vehículo que transporta edificios verbales. Misterioso su numen, como de fiel discípulo del gran Virgilio, altera el ciclo del poeta de Mantua, y hace que las Geórgicas sean preferidas por la Eneida, porque de Eneida americana puede calificarse el fragmentario canto consagrado por el poeta a exaltar la madre América, en todo tan sublime y elevado que le da carácter de verdadero manifiesto de intelectual independencia. El patriota se creyó comprometido a cantar la epopeya de la libertad, y cuando entonó la voz del canto no limitó al drama del suelo nativo el empeño de su musa, empero miró la lucha que desde el Plata hasta México mantuvieron los heroicos y abnegados soldados que luchaban por ganar la libertad proclamada por los hombres de la reflexión civil. El vio sobre lo particular del suelo natal lo universal de los valores que hacían de las antiguas provincias disgregadas del concierto hispánico una robusta unidad, llamada a permanecer firme y enhiesta en la defensa de su común destino, frente a la creciente amenaza de otros pueblos, de otros credos y de otras lenguas.

Pero Bello sabía que no es misión permanente del hombre culto exaltar bélicos símbolos. Si él lo hizo, trato de agradecer la pléyade de héroes que luchaban por la libertad, no por ello dejó de pensar que los soldados sólo prosperan donde haya labradores que mantengan la riqueza de la Patria. Más que poeta de templada lira, se sintió vate en el sentido apolíneo de la

creación y el magisterio. Evoca, con la fuerza creadora de un dios, el milagro luminoso de la zona tórrida. De sus ojos delirantes ha desaparecido toda la bruma de Londres. El paisaje está lleno de luz y de verdura, que él copia como consumado paisajista. Si Virgilio escribió las Geórgicas para llamar al pueblo romano a las nobles tareas del agro, devastado por la planta destructora de las legiones, Bello, empujado por su definida conciencia agrícola de venezolano, entonó su *Silva* maravillosa, para animar a los hombre, acostumbrados a la guerra y ahora en camino del ocio y del regalo a que incita el triunfo, a que trocasen con la pacífica esteva el arma fraticida.

Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea:
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
y sólo adorne al mérito la gloria.

Invocaba Bello la secreta sinonimia cívica que los griegos adivinaron entre las funciones del ciudadano y la misión del labrador, y pidió a las jóvenes naciones que, lejos de exaltar la gloria del guerrero, honrasen la oculta vida del modesto hombre de campo, seguro de paz y de riqueza de los pueblos. A la alabanza magistral del agro, la *Silva* suma la filosófica reflexión de quien sabe que sólo los benévolos caminos de la convivencia hacen posible el bienestar perseguido por el hombre en sociedad. Una pedagogía de errados fines la ha mantenido un poco al margen de las disciplinas docentes. Se la exhibe apenas como fina flor de la poesía bellista. Quizá, otra fuera, señores, nuestra suerte de república, si lejos de preferir como valor formativo de sentimientos patrióticos la exaltación de la epopeya bélica, hubiésemos consagrado mayores esfuerzos a la comprensión del gran mensaje de trabajo y de civismo que encierra la *Silva* de Andrés Bello.

Agotadas están, señores, las razones que explican el viaje del Maestro a la afortunada república de Chile. Para aquellos que indagan todavía las causas que movieron al sabio a no tornar a los “sitios encantados que amó de niño”, sobran oportunas las respuestas.

Más aquí estamos para cantar las glorias de la Patria y no para revivir hondas heridas ni para exhibir mezquinas pasiones. Mojada la pluma en hirviente y roja tinta, así la pesadumbre contristase su ánimo, Juan Vicente González, venezolano libre de toda excepción, escribió razones poderosas cuando llegó a Caracas noticia de la muerte del sabio. “Hace tiempo que habría descansado de la vida el gran poeta; señalado con dedo mofador y objeto de sacrílega risa, el generoso anciano habría mendigado como Homero; loco; como Camoens, habría perecido de hambre en hospital oscuro. Salvóse el Néstor de las letras de la gloria del martirio”.

No regresó a sus nativos lares el caraqueño ilustre. En cambio, por junio de 1829 pisaba los muelles de Valparaíso, envuelto en la raída y vieja capa con que se había mal defendido de la húmeda frialdad de Londres. Con él vienen la mujer y los hijos, que hacen bulto, y en el fondo de sí mismo, sin que lo adivinen los sucios y cansados estibadores, las más clara y fornida conciencia del nuevo mundo hispánico, en la que verán los políticos de la violencia, según magistral frase de Caro, “una amenaza para la indígena barbarie americana”. Nueva es la tierra en su latitud geográfica, nuevo el metal de voz con que le saludan los que hablan su misma lengua materna; nuevas las manos que le ofrecen el calor de la amistad; pero é siente, en cambio, que este pedazo de tierra donde clavará su tienda, donde crecerán sus hijos y donde él será simado a la hora de la muerte, es apenas porción, diferenciada por la política, de la grande América, por él voceada como hogar común de los hombre recién libertados de la Metrópoli española. Si en su misión intemporal y ecuménica de creador de cultura viene a servir a Chile, servirá también a Venezuela como parte integrante de la nueva patria americana.

Tres años corridos de su arribo al Sur, y el sabio ilustre tiene concluida su obra fundamental en lo que podría llamarse proceso formativo de la nueva juridicidad

americana. Bello no concibe las naciones que han surgido de la ruina del antiguo mundo hispánico, sin lo que él tan certeramente llama “la superstición del derecho”. No entiende tampoco que puedan adelantar si no se frena por medio de conceptos de orden y de justicia a la nueva sociedad que va a consolidar en el convulso mundo de las antiguas Indias españolas. Considera que la tendencia de la civilización moderna pone de resalto un movimiento progresivo hacia la perfección del sistema social, que radica en “el orden asociado con la libertad” Allí habrá bienestar, piensa el sabio, donde la ley esté “felizmente amalgamada con las garantías de la libertad individual”, es decir, donde el ciudadano se sienta libremente vinculado a las normas de la autoridad. Los tratadistas más famosos de derecho político, sin bien pueden hacer estructuras teóricas que afamen sus escuelas, jamás podrán llegar a expresar con mayor sentido de verdad la esencia de la vida republicana. Es justo equilibrio de fuerzas que desea para los hombres en función de componentes de la sociedad lo quiere también para las naciones, como marcos férreos donde se mueven particulares y diferenciados grupos humanos. Piedra sillar de nuestro sistema americano, Bello escribió en el frontispicio de sus “Principios de Derecho de Gentes”: “Mi ambición quedaría satisfecha si a pesar de sus defectos, que estoy muy lejos de disimularme, fuese de alguna utilidad a la juventud de los nuevos estados americanos en el cultivo de una ciencia que si antes pudo desentenderse impunemente, es ahora de la más alta importancia para la defensa y vindicación de nuestros derechos”. Escribía él, no para sólo sus discípulos de la cátedra santiaguina, empero para todos los hombres que en América sentían urgencia de instrumentos con que acabar la fábrica de su integridad y su derecho.

Cuando todavía no se habían apagado los primeros aplausos por el estupendo “Derecho de Gentes”, Bello comienza a revisar la legislación privada de Chile, que tiene, como la de otros países de América,

por centro medular las viejas Partidas alfonsinas. Espíritu integralmente nuevo, sabe que la república no se compadece con el enrevesado sistema de las leyes españolas, que sobrenadan con carácter obligatorio, a pesar del hundimiento del imperio colonial. El no es hombre que ha pensado jamás en conquistas ni en túnicas imperiales. Sin embargo, está realizando una obra que lo llevará a ocupar la misma dignidad que para su nombre recabó Napoleón, cuando puso el suyo al Código Civil que redactaron los más grandes juristas de Francia. Junto con la napoleónica, habrá, pues, otra fuente de legislación civil, donde las nuevas repúblicas del continente americano podrán tomar su ordenamiento. Para ello está el Código de Bello. Con él nuestro sabio gana título egregio entre los más ilustres juristas del Nuevo Mundo.

Bello, señores, miraba hacia adentro y hacia afuera en el orden del progreso de las naciones. En las reformas del derecho privado chileno buscó hacer expeditivos los caminos de la justicia entre los hombres; en su labor de internacionalista procuró facilitar los caminos de la comprensión de los Estados, pero sin dejarse llevar de vanos espejismos de tratadistas. Antes que todo, Bello miraba la realidad de los hechos, y si bien creía en la existencia de una comunidad hispanoamericana, en cambio, con el buen sentido realista que aprendió de los filósofos escoceses, dudaba del valor práctico de las declaraciones y de los compromisos multilaterales, cuando no hubiese sujetos responsables que hicieran buena la letra de los pactos. “La política internacional de los nuevos estados –declaró– será estéril si en el seno de cada uno de ellos no aparecen instituciones racionales, progresivas, civilizadoras”. Aconsejaba Bello, con abundosa lógica, que primero remediasen los pueblos sus deficiencias internas y después se juntasen para buscar el concierto internacional. “Tengamos juicio, tengamos orden, hagamos una democracia inteligente y activa, prosperemos y nuestro ejemplo cundirá. Si por el contrario seguimos dando al mundo

el escándalo de las aspiraciones ambiciosas de las revueltas, si se nos oye balbucir teorías mientras carecemos de comercio, de artes, de rentas, de escuelas primarias, en suma; si se nos ve estacionarios, cuando no retrógrados en el terreno de la civilización y de la prosperidad industrial, como sucede en la mayoría de nuestras repúblicas, los razonamientos, las homilias de todos los congresos del mundo, no nos ganarán un solo prosélito, desacreditaríamos las propias instituciones republicanas”. “Tengamos juicio, tengamos orden”, aconsejaba Bello a los hombres y a las naciones de América cuando promediaba el siglo XIX. Cien años cuenta de proferido y vigente está el consejo del Maestro para nuestros alegres y desprevénidos países de la hora presente.

Buscó Bello la ley de los mundo siderales, y como fruto de su búsqueda escribió un tratado de Cosmografía; indagó los principios normativos de las ideas, y escribió la Filosofía del Entendimiento; quiso saber los misterios de la Naturaleza, y estudió la Química, la Física y la Botánica; aspiró a conocer los secretos de la vida mortal del hombre, y saludó las disciplinas médicas; trató de hallar razón a las acciones y a las reacciones de las fuerzas políticas, y pidió sus secretos a la Historia, dignificada por los maestros que le acuerdan preeminencia en el orden de las ciencias morales; quiso dominar la lengua como instrumento de relaciones humana, y buscó en la Gramática sus leyes y el valor de las palabras en la difícil crítica filológica de los grandes monumentos de la literatura castellana. Donde quiera que oteó, tropezó con la huella de un principio inconfundible, que hizo centro de su pensamiento de filósofo. El Orden. Bello fue el Maestro del orden, el filósofo de la parsimonia, el mago de la lógica. Jamás creyó que pudieran los hombres gobernarse a sí mismos ni los pueblos avanzar a la creación de grandes estructuras internas o de sistemas internacionales, si antes no habían puesto orden en sus ideas particulares y en sus sistemas nacionales.

Filósofo del orden, tampoco lo entendió como argumento impuesto por voluntades ilegítimas. Su bondad y su dulzura no se hubieran desdeñado de adornar, al igual de Beethoven, con el busto severo de Bruto republicano su mesa de trabajo. Para él la adusta fecundidad del orden pedía la alegre amalgama de la libertad. El uno y la otra son prenda eficaz de un alba de justicia. Aun cuando trató de definir su fe literaria, en el momento de reinstalar con librea democrática la vieja Universidad de San Felipe, dijo, en su carácter de rector, que norma suya era “la libertad en todo”. Libertad para consentir el orden, como en la más recta teoría democrática fue, pues, el numen permanente del gran Maestro motejado de retrógrado sostenedor de arcaicas formas y desusados métodos.

El equilibrio entre la libertad que pide anchos senderos y el orden que impone moderación al ímpetu que pueda cercenar vecinos derechos, brilla en sus ideas aun cuando se encara con el problema de la Gramática. El vio en la lengua vínculo robusto, propio para mantener entre los países hispanoamericanos la unidad de cultura y de creencias que les servían de soporte secular. Necesario era conservarlo en toda su vigorosa vitalidad, por medio de principios que lo defendieran de espúrias influencias. Movido al propio tiempo por el nuevo espíritu de libertad, procuró liberar la lengua del rigorismo latino a que la sujetó Nebrija. Y así, mientras corrige y da flexión a las normas antiguas, abre la lengua a la variedad que ofrece América, donde, con autóctonas voces, conviven vocablos de rancio linaje castellano, traídos por los pobladores del siglo XVI, y de los cuales no hace memoria el pueblo español, diferenciado, por obra de los siglos, de las masas criollas que dan tipicidad al mundo americano.

Desde el año 1829 hasta el aciago 1865, don Andrés Bello hizo de Chile su generosa segunda patria. La noble y afortunada nación sudeña le entregó su Universidad, le confió la asesoría de sus relaciones internacionales, le pidió la redacción de sus códigos y lo llevó

a un sillón de su Senado. Treinta y cuatro años de moverse en medio de un mundo encrespado de pasiones, sin jamás, aun cuando fue a la ardiente polémica periodística, perder el platónico equilibrio de las potencias, le convirtieron en centro de la colectiva admiración. Rodeado del respeto de Chile y de la entusiasta solicitud de un continente que, por ver en él al más cabal de sus arquitectos, le confiaba la solución de sus disputas, en medio del tierno afecto de una larga familia, y agasajado por la más preciada amistad, discurrieron los últimos años del dulce sabio.

Por su vista
veían sus discípulos: su boca
habla por América

Así dijo en noble verso Juan Montalvo, cuando cantó al poeta rendido al peso de la muerte.

Conciliada en su ánimo con la ciencia la fe de sus mayores, fue siempre fiel a las prácticas religiosas. Iba a misa, confesaba con un fraile dominico y entonaba el Angelus cuando la campana vecina le recordaba la vieja Fe de nuestra catedral y lo ponía a vivir en aquel culto ambiente caraqueño de antes de 1810, que nostálgicamente evocaba cuando arribó a Santiago en 1829. Lejos de su mundo juvenil, su afecto por Caracas se mantuvo incólume. “Yo me transporto en mi imaginación a Caracas –escribía al hermano Carlos-, os hablo, os abrazo, vuelvo luego en mí, me encuentro a millones de leguas del Catuche, del Guaire y del Anauco. Todas estas imágenes fantásticas se disipan como el humo, y mis ojos se llenan de lágrimas”. Por Caracas está llorando Bello. Todo en él son memorias, porque si bien es cierto que Chile lo ha amado en grado extremo y le ha ofrecido los más subidos honores, también es cierto, como él lo dice en claro verso, que

Naturaleza da una madre sola
y da una sola patria...

Señores:

Lejos de la Patria, proscrito por la voz de viles impostores, para quienes, en cambio,

pidió perdón en la Oración por todos, el Maestro inmortal estuvo sin vigencia en el pueblo de Venezuela. Con tierno y cristiano acento recomienda a la piadosa hija que pida a Dios

(...) por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel.

José Domingo Díaz ya tiene una gota de agua que refresque su ardoroso purgatorio, y con él la tienen todos aquellos que repitieron la infame acusación de deslealtad con que se intentó marchar su immaculada clámide de patriota. En cambio, selectos espíritus, en quienes perduraba la huella de la vieja Universidad humanista o se pronunciaba nostalgia por su falta, siguieron siempre sus pasos y su gloria: los unos, cuando estaban aún en el mundo de los vivos; los otros, cuando ya holgaban en las suaves praderas de la gloria. Si bien es cierto que la Venezuela pensante jamás olvidó a Bello, también lo es que de un cuarto de siglo a los días que corren, se ha venido pronunciando en la República un vivo y entusiasta movimiento bellista, que culmina con la apoteótica Semana que hemos consagrado a la evocación de su amable memoria. Esta reunión, patrocinada por los Poderes Públicos, podría calificarse, con palabras del propio sabio, como “un homenaje solemne a la importancia de la cultura intelectual” de que él fue máxima expresión. Estamos diciendo que no son las manos de los alarifes que estiran el tamaños de las casas y adornan las plazas y avenidas, quienes levantan el nivel de los pueblos: con Epicteto estamos proclamando, en cambio, que es a los hombres de la inteligencia pura a quienes toca dar iluminación a la cultura por donde aparecen elevadas las naciones.

Bello ha vuelto definitivamente a su pobre casita de la esquina de la Merced. Viene a recorrer con los pasos del sabio los sitios amados donde feliz vivió de niño. Bello, en realidad, parece estar de nuevo entre nosotros. Está en Caracas. Está en el corazón

de Venezuela. Podría decirse que busca segura cátedra donde comenzar libremente su enseñanza constructiva. Más, pregunto ahora, con palabras de abierta sinceridad venezolana: ¿Qué vamos a hacer nosotros con nuestro Bello, retornado al seno de la Patria, con su carga luminosa de ciencia, de virtudes y de gloria? Labor estéril y falsa sería pensar tomarlo cual recamada túnica para vestir nuestras carencias de pueblo; peor aún servirnos de él, como pecaminosamente nos servimos del nombre venerable de Bolívar, para exportar gloria pretérita y recabar con ella interesados e inútiles aplausos que hagan la cortina de ruido para ensordecer nuestros lamentos colectivos. Flacas encuentra el sabio aquellas robustas saludes antiguas que empujan a los colonos de España para la lucha heroica de donde, mútilos y alegres, regresaron tocados con el frigio emblema de la libertad. Los pulsos están decaídos y la rica médula que nutrió nuestra generosa tradición ha sufrido relajamientos lamentables. ¡Que no se vea el sabio en medio de un mundo poblado de fantasmas! ¡Que no crea pérdidas las raíces del pueblo, porque nuestra gente dialogue a la continua en otras lenguas distintas de la lengua sagrada que avivó los sueños de nuestros mayores! Aquí, señores, el primer deber de nosotros cuando invocamos la memoria de nuestra más grande inteligencia creadora.

Veo, sin embargo, que ya empieza Bello la labor conjugante que reclama Venezuela de sus hombres de pensamiento. Demás del movimiento nacional que representa esta Semana inolvidable, él ha venido a reunir nuestro Instituto Venezolano. ¡Cuántos anhelaron vivir este momento de ver juntas, como unidad de cultura, nuestras diversas Academias! Bello hoy, como ayer Bolívar, lo ha logrado sin esfuerzo alguno. Del gajo de laurel que coloquemos al pie del monumento ideal del Maestro, tomemos una hoja perfumada de gloria, para honrar la memoria del insigne Maestro Gil Fortoul, que en vano abogó por la fundación del Instituto!...

Señores:

Quienes cruzan la plaza de Abril, en la alegre y laboriosa barriada de San Juan, contemplan una fea estatua, que representa al sabio en actitud, más que sedente, paralítica. Frente a él, Ezequiel Zamora blande la heroica espada con que comandó las tropas federales que reivindicaban para el pueblo un estilo de vida más cercano a la dignidad republicana. Nadie ha escuchado el diálogo que puedan sostener las estatuas. Cada quien intuye a su manera las posibles palabras de los bronce. Yo no sé si lo haya dicho Bello. Acaso lo piense en su atarácico silencio. Pero, ante la altanera y presuntuosa postura del valiente caudillo, se llega a concluir que tampoco ganó nada el pueblo confiado a la fuerza aniquiladora de su brazo. Lo que no pudo el mílite Zamora, ¿no lo podrá, en cambio, la generosa cultura que mana de la sabia palabra del Maestro? Esa filosofía noble, serena y creadora; ese sacrificado amor al trabajo; ese superticioso respeto al derecho y a la ley; esa bondad sin mancha y sin fronteras que forman el sustrato de la grande obra y de la vida ejemplar del sabio ¿no podrían tener vigencia en nuestro mundo y ayudarnos en nuestro camino hacia la realización de la República?...Todo es posible a la inteligencia iluminada. Ofrecamos a Bello la arcilla de nuestros espíritus para que moldee con ella cabales figuras del hombre.